

ta aquellas que solo cuentan de fecha el último siglo.

Allí se admiran los muebles antiguos pertenecientes al marqués de Hesfort, las raras porcelanas de Salomon Rostchild, las armaduras espuestas por la Prusia, los cristales

y las armas del emperador de Austria, los objetos artísticos traídos del museo de Moscow, las magníficas piezas de platería pertenecientes á Inglaterra, etc.

Al recorrer esta galería reparamos de paso un modelo



Casa de Gustavo Wasa.—Pabellon de las colonias portuguesas.—Aldea rusa.—Plan general.

de yeso de los sepulcros de la abadía de San Dionisio, antiguo panteón de los reyes de Francia, colocado en el centro y en un vestíbulo con separación.

La parte francesa de esta galería es la mas rica, lo que se esplica fácilmente por la mayor facilidad que han tenido en reunir en poco tiempo y con poco gasto muchas colec-

SEGUNDA SERIE.—1867.

ciones, sin riesgo de perderlas sus propietarios. Las primeras colecciones se refieren á épocas anti-históricas, no son la arqueología, es la paleontología. Allí se ven los útiles, las armas de piedra, que modelaban groseramente los hombres cuando los dinoterios, los mastodontes, los rinocerontes, los osos, las hienas y los perros habitaban con

AÑO XXV. 29

ellos los bosques. Esto es lo que se llama la edad de piedra, mas larga quizá ella sola que todas cuantas le han sucedido.

Viene en seguida la edad de bronce, en que el hombre comienza á hacer uso del cobre y del estaño, y aun al decir de algunos autores, del oro y de la plata.

Al mismo tiempo que se generalizaba el uso de estos metales, se despertaba en los salvajes habitantes de la vieja Europa la coquetería y el gusto por los adornos. Así vemos al lado de las hachas, de las lanzas y de las flechas de bronce con que herian á sus enemigos en sus combates y á las fieras en sus cacerías, anillos, collares y brazaletes con que adornaban sus cuellos, piernas y brazos.

La edad de hierro sigue á la de bronce y nos conduce á la época en que las obras verdaderamente artísticas de los conquistadores latinos manifiestan su superioridad sobre los bárbaros, valientes, empero rudos é ignorantes y que los vencieron.

Viene en seguida la edad media, el renacimiento y los tiempos modernos y seguimos paso á paso, de siglo en siglo, la marcha lenta, pero siempre progresiva del arte y de la industria.

Allí cada época nos ofrece así sus muebles, sus tejidos, sus trages, sus armas, sus instrumentos de música, sus obras de arte destinadas ora al adorno de los hombres ó de las mujeres, ora á la decoracion y embellecimiento de sus habitaciones.

Allí vimos las monedas y las medallas de todos los tiempos, de todas las naciones y de todos los pueblos, ante las que un aficionado á numismática permanecería dias enteros contemplándolas con admiracion y envidia. Yo profano, confieso humildemente que llamaron medianamente nuestra atencion pasando de largo, si bien nos hicieron recordar á un hijo querido, el Vizconde de San Javier, cuya afición á la numismática y arqueología raya en fanatismo.

Nosotros preferimos los esmaltes, los barros, las porcelanas, los mil objetos en madera, metal y marfil, en que los artistas de otro tiempo han desplegado tan prodigiosa paciencia y tan maravilloso talento. Preferimos esos antiguos pergaminos que contemplábamos con admiracion sin poder descifrarlos, una biblia, un misal, obra maestra de iluminacion al polychromo y de caligrafía gótica, que un artista desconocido pasó su vida entera en copiar é ilustrar.

Nos habíamos detenido bastante en el dominio de la paleontología humana, era tiempo ya de volver á las épocas presentes, y al terminar nuestra visita á la galería del trabajo y estando el dia apacible aunque encapotado y cubierto el sol, quisimos dar un paseo por las comarcas de la Europa continental, la Bélgica, los Países Bajos, la Alemania del Norte y del Sur, la Suiza, la Dinamarca, la Suecia y Noruega, la Rusia, la Prusia, y España y Portugal.

No se asusten nuestros lectores de tan largo paseo: los países que acabamos de nombrar, para complacer al viajero, han reducido de tal modo sus dimensiones, que un corto espacio basta para contenerlos todos, como se lo hemos explicado en el artículo anterior al hablar de los *cuatro cuarteles* que rodean el palacio de la esposicion.

Naturalmente y guiados por el instinto del amor á la patria, nos dirigimos á sentarnos un rato á fumar, en el edificio que habia allí construido la España. Allí se sirven ricos sorbetes y excelentes chocolates por cuatro muchachas bonitas, de color moreno y ojos de fuego, con un traje andaluz brillante y pintoresco.

Contrastaba el cielo encienito y triste que cubria

aquel edificio en medio de tantas maravillas. Echábamos de menos el cielo de nuestra patria, azul brillante, y sin que lo empañase la mas leve nube, y recordábamos con placer un antiguo cantar que oímos en Sevilla y que nos aplicábamos á nosotros mismos:

Si me pierdo que me busquen
Hacia el sol del Mediodía,
Donde las morenas nacen
Y donde la sal se cria!

La España está representada en un edificio de aspecto grave, severo y no muy en armonía con su alegre y risueño clima, ni con el carácter de sus alegres habitantes.

Está representada por una especie de fortaleza, con muros de un cieniento amarillo, flanqueada de dos torres cuadradas.

Delante de la puerta de esta fortaleza hay colocados enormes trozos de hulla, de carbon de piedra, de galena, de mineral de hierro, respetables muestras de la gran riqueza mineral de nuestra nacion. Hay otras muestras y colecciones de piedras, de mármoles, de minerales, de metales, de sal de piedra (gemma), de azufre cristalizado, de mercurio en botes de hierro, de maderas, de corcho, de cereales, de frutas y confituras, de vinos de todas las bodegas españolas, colocado todo sobre unos estantes en el interior del edificio. Estos objetos, por lo general, no tienen etiquetas ó letreros que indiquen su naturaleza, su procedencia, su uso y su precio.

La comision española los ha colocado allí sin duda solo por cumplir un deber, y no ha creído que debia llamar la atencion de los extranjeros sobre cosas comunes y ordinarias.

Al entrar en la torre de la izquierda, se encuentra uno frente á frente de un soberbio toro con largos y puntiagudos cuernos. Es el despojo pasablemente arreglado de un toro andalúz. Los honores que no han merecido ó que se han creído inútiles para muchos objetos de la industria, de la agricultura y de la prosperidad del país, se han concedido á la costumbre nacional por excelencia, á la diversion favorita del país, á las corridas de toros.

Un gran cartelón colocado sobre el pedestal en donde aparece en toda su flera actitud el toro relleno de paja, da en español y en francés todos los detalles que puedan dearse sobre la biografía de aquel interesante animal. El mundo entero ha podido saber que aquel toro pertenecía en vida á la ganadería de Balmaseda de Sevilla; que era de edad de seis años, cuando en el año último el 21 de octubre se le corrió en la plaza de Madrid, matándolo el famoso espada Antonio Carmona, despues de haber dejado tendidos en el redondel once caballos; y que por último, ha sido disecado por don Manuel Sanchez *disecador* (así dice el cartel) del Museo de Historia natural de Madrid.

Desde España fuimos paseando por delante de un elegante pabellón consagrado á la Exposicion de las colonias portuguesas y cuya vista damos á nuestros lectores, y llegamos nada menos que á la Escandinavia, delante de la casa llamada de *Gustavo Wassa*, cuya vista presentamos tambien, en donde habitó el célebre Gustavo Wassa, que libertó á la Suecia de la dominacion danesa en 1523, tronco de una familia soberana que ha dado siete reyes á la Suecia y tres á la Polonia. El último vástago de esta familia, escluida en el dia del trono, se titula príncipe de Wassa y se halla al servicio del extranjero.

Es una casa cuyas paredes están formadas de troncos de pino despojados de su corteza y cuidadosamente redondeados; su techo está cubierto de césped, y cualquiera la tomaría por una casa suiza. Se le ha dado el nombre de *Casa de Gustavo Wassa* porque es una copia exactísima de la en que habitaba el futuro libertador de la Suecia, cuando se ocultaba entre los aldeanos de la Delecarlia. Nada en su interior recuerda las aventuras del héroe sueco.

Es un museo de los mas modestos y enteramente rústico. La casa no tiene mas que un piso donde no se permite entrar al público.

La planta baja se compone de dos piezas. La mas pequeña representa una escuela de educacion primaria con la mesa del maestro, los bancos y pupitres de los discipulos, los abecedarios y mapas colgados en la pared y todo el material de una instruccion elemental. En la otra pieza están cubiertas las paredes de pieles de reno y de oso blanco, de redes, velas de barcas de lona, y en el suelo varios modelos de barcas y trineos.

La casa rusa que se encuentra en seguida y cuyo vista damos tambien á nuestros lectores, pertenece al mismo orden de arquitectura.

Subimos al primer piso y nos encontramos en el interior de un aldeano ruso. Los muebles son de una extrema sencillez, allí no se ve mas que madera blanca; la cama es de madera blanca, las tablas de ella delgadas y flexibles sirven de colchon, las sillas son de madera blanca, los vasos, los utensilios de todo el menaje tambien de madera blanca. Se encuentra uno, y es completa la ilusion, en Siberia, en Mongolia, en Tartaria.

En medio de la sala están apilados quesos, que con pescados salados y el *cabiar*, componen el ordinario alimento de los afortunados habitantes de la Rusia del Asia. Un barril de cabiar destapado, en el que cada uno puede meter una cuchara de palo que hay allí, invita á todo el que entra á probar gratis ese famoso manjar que tan caro cuesta en todas partes y que algunas veces vende casi á peso de oro el famoso fondista de la Carrera de San Gerónimo de Madrid, Lhardy.

Nosotros no lo quisimos probar, conocíamos este manjar negro, viscoso, y para nosotros poco apetecible, por haberlo probado algunas veces en casa de un antiguo amigo nuestro, uno de los hombres que mejor saben comer en Madrid.

Brillat-Savarin ha establecido este aforismo: *los animales pacen, el hombre come, solo el hombre de talento sabe comer.*

Nos divertimos con el gesto de repugnancia que hacian muchos de los que probaban gratis aquel manjar.... escelente sin duda... para los enfermos del pecho, los escrofulosos y los raquíticos. Figúrense nuestros lectores el aceite de higado de bacalao, rancio y manido, y tendrán una idea aproximada del tan ponderado cabiar.

El cabiar hace siglos que era ya conocido en España. El inmortal Cervantes en su Quijote, en la parte segunda y capitulo 54, al describir el encuentro de Sancho Panza con Ricote el morisco, tendero de su lugar que volvia con unos peregrinos de su emigracion en busca de un tesoro que habia dejado escondido, cuenta así el banquete que improvisaron en el campo:

Tendiéronse en el suelo, y haciendo manteles de las yerbas, pusieron sobre ellas, pan, sal, cuchillos, nueces, rajas de queso, huesos mondos de jamon, que si no dejaban mascar, no defendian el ser chupados. Pusieron

así mismo un manjar negro que dicen que se llama cabial, y es hecho de huevos de pescados, gran despertador de la colambre..... Pero lo que mas campeó en el campo de aquel banquete fueron seis bolas de vino que cada uno sacó la suya de su alforja.

En la Esposicion no hay mares que pasar, y así es que en breve nos encontramos delante de la posada, caravana, serrallo egipcio; es un edificio cuadrado, en su exterior sus muros están pintados de arabescos de ricos colores con oro, como los de todos los edificios orientales, la arquitectura es de ese estilo tan gracioso en donde reinan las esbeltas columnitas y los arcos tallados en trebol y de la que la mas brillante muestra que se conoce en el mundo es nuestra célebre Alhambra de Granada.

Este gran parador de caravanas tiene el exterior de un palacio, y se ve uno defraudado en sus ilusiones cuando despues de subir las escaleras, al llegar á la puerta, se halla un gran salon forrado de maderas que pareciera mas propio para un almacen de paja. A cada lado y detrás de unas barandillas, unos egipcios bronceados y etiofes negros se ocupan en diferentes oficios; algunos están fumando tranquilamente sus pipas; pero la mayor parte trabajan con una actividad tal que prueba que es una infundada calumnia la que inferimos á los orientales cuando nos los representamos como gentes incapaces de nada mas que de masticar ópio, mirar bailar las odaliscas ó almeas y dormirse oyendo contar cuentos.

Estos egipcios son buenos artesanos que no conocen el uso de las máquinas; empero que se sirven de sus manos y aun de sus piés con una ligereza y destreza admirables.

Es un gusto el verlos tejer el junco y la paja, torrear la madera, hilar y tejer la lana y la seda, confeccionar alhajas con hilo de plata, bordar babuchas, bolsillos y tubos de pipa, y sin dejar de trabajar un momento responder por guiños y movimientos de cabeza á los extranjeros que los molestan con preguntas, y algunas muy inconvenientes y que para honra del nombre cristiano no entienden aquellas pobres gentes, que no conocen una palabra de francés mas que las precisas para entregar su mercancía, recibir su precio y dar la vuelta del dinero, todo sin distraerse del trabajo y perder un minuto.

En el fondo del vasto salon que les sirve de taller, hay un lindo gabinete con un estanque con un surtidor de agua para las abluciones, y al lado una escalera que sube á una galería de madera que hay alrededor del salon y sobre la que dan las puertas de los numerosos cuartos habitados por los viajeros. Muchas posadas de nuestras provincias de España presentan una disposicion semejante, con solo la diferencia de que un patio reemplaza al salon mucho mas hospitalario de la posada egipcia.

El Egipto posee además todavía en el parque otros tres edificios. Un museo, un templo, un pabellon-salon.

El museo encierra libros, muestras de mineralogía y de historia natural, y un bellissimo mapa en relieve del Egipto. La simple vista de este mapa rectifica la falsa idea que comunmente se tiene del antiguo reino de los Faraones. En efecto, el Egipto habitable, el que riega y fertiliza el Nilo, no es mas que una isla, ó mas bien una delgada y ondulantecinta que únicamente se va ensanchando un poco hacia el Delta y que encierra al Este y al Oeste el inmenso océano del desierto.

Toda la vida, toda la civilizacion posible del Egipto se halla concentrada en este estrecho espacio, fuera del que no reina el virey sino sobre llanuras de arena. Decimos que

reina y no gobierna porque seguramente su autoridad vale muy poco para las tribus nómadas, tales como los beniwasel y los árabes, que viven errantes al otro lado de la Cadena arábiga.

El edificio, no sabemos por que, llamado templo, es tambien un museo, y las curiosidades que encierra no son exclusivamente egipcias. Una gran parte de ellas se componen de antigüedades ninivitas traídas por Mr. Marietti.

Esta coleccion podrá ser muy interesante para los anticuarios orientalistas que sepan descifrar los geroglíficos y poner nombres de familias reales ó divinas, sobre las extraordinarias estatuas de hombres, de mujeres ó de ani-

males compuestos à capricho y exhumados de sus sepulcros seculares por infatigables aficionados; pero, lo confesamos sencillamente, para nosotros los profanos todas esas figuras, todos esos emblemas de que nadie se digna enseñarnos su origen y significacion, no son mas ni podrán ser que unas figuras feas y monstruos absurdos.

En cuanto al pabellon-salon vice-real, nosotros al salir esclamanos como todo el mundo: «¡es bonito! ¡muy lindo! y nada mas.»

Damos à nuestros lectores la vista del templo egipcio y los otros edificios adyacentes.

Iban à dar ya las seis y era la hora en que iba à comen-



Templo egipcio.

zar à bajar aquella marea humana de mas de ochenta mil hombres, que à las diez de la mañana sube todo los dias al Campo de Marte.

Un mundo, en fin, de que nosotros éramos integrantes moléculas. Nos lanzamos, pues, en el movimiento de bajada rodeados de ingleses, de americanos, de alemanes, de rusos, de turcos, de japoneses, de árabes, de italianos, de hombres de todo el mundo y de franceses, y entre estos últimos de provinciales y aldeanos que un tren de placer habia depositado por la mañana, y que otro tren de placer debia devolver à sus pueblos aquella misma noche. No tenian un momento que perder; y despues de haber devorado con sus ojos en un dia las maravillas de la esposi-

cion se volvian cambiando ruidosamente sus impresiones para agolparse en la gran fonda popular inmediata à la esposicion à comer económicamente por un franco por cabeza.

Es uno de los espectáculos no menos curiosos el contemplar la llegada y salida de las gentes à la esposicion por uno de los cuatro medios que hemos explicado que hay para ir à ella, en ómnibus, en camino de hierro, en carruaje ó en buque de vapor.

A pesar de lo fabulosamente barato de cualquiera de estos cuatro medios de transporte, el mas usual y concurrido, así como el mas barato, es ir à pié. Así es que vimos muchas gentes que con su saco de noche debajo del brazo ó un morral à la espalda, à guisa de mochila del soldado, vi-

sitaban la esposición formando batallones de obreros y de gente menesterosa, que han venido desde las riberas del Tamesis, del Volga, del Niemen y desde las orillas del Misisipi.

Otro día y en el próximo artículo entraremos con nuestros lectores á visitar la primera galería, la de las *Obras del arte*, sin perjuicio de salirnos con ellos como hoy cuando nos dé la gana á dar un ligero paseo por algunos de los edificios del Parque.

EL CONDE DE FABRAQUER.

ANTONIO EL RENEGADO.

A poca distancia de un pueblecillo situado en la costa que separa de Vélez á Málaga, altercaban una tarde dos jóvenes aldeanos recién casados, según se pudo colegir de las palabras que se les oyeron. Sin haber nadie que los departiese elevaron su querella á términos de llegar á las manos, y debemos añadir que llamados á terciar en el asunto, hubiéramos á primera vista declarado á la mujer como parte agresora, pues agarrada á la chamarreta del varón no le dejaba camino de poner tierra por medio, evitando así la ocasión de mayor quebranto.

—Suelta, condenada, decía él levantando el puño, antes que me obligues á cometer un disparate; he de ir á la ciudad, por mas que te resistas, y en ella daré cuenta á tus padres de la conducta que observas conmigo, á ver si es permitido engañar de este modo á un hombre de bien.

—Tengo de sacarte los ojos si te empeñas en ir allá, pícaro bergante, decía ella: ¡habráse visto desvergüenza igual, llamarse á engaño á los seis meses de matrimonio! ¡caso has encontrado en mí, desde el primer día, algo que no sea legítimo y arreglado, según conviene?

—Menos tu maldita afición á las jaranas y bailoteos, que no parece sino que te han hecho de rabos de lagartijas, según andas siempre de bolero en fandango, mientras yo dando vueltas en mi solitario lecho, como dice el maestro de escuela, te aguardo desvelado hasta caer rendido por el sueño, para encontrarte cerca de mí á la hora del alba sin saber cuando viniste ni poder entrar en averiguaciones, so pena de llegar tarde al trabajo.

—Pues mira, nunca se ha verificado que me falte compañía para volver á casa.

—Buena será ella ¡voto al chápíro! Sin duda te acompañará alguna honrada cuadrilla de esos danzantes que se disputan servirse de pareja, y brincan y zapatean contigo los días de fiesta, como si yo no existiera en el mundo, por mas que procuro ponerme á la vista, al lado de mi compadre el alguacil. ¡Por vida de los bigotes de Mahoma que cuando pienso en esto se me apura la paciencia!

—¿Y quién tiene la culpa de todo eso sino tú, que jamás acertaste á tejer un trenzado de piés, ni llevar el compás á una rondeña? mas valiera que en lugar de apurar cuartillos de vino pasases el tiempo en aprender lo que tanto alababas en mí antes de estar casados; pero entonces todo era decirme: ¡Ay Soledad, palomita del palomar de Cupido, quién tuviera su corazón en tus zapatos para que le zaran-deases con esa gracia tan natural que Dios te dió! y ahora si una trata de divertirse sin perjuicio de nadie, se lo echas en cara, solo porque no puedes servir á tu mujer de compañero en todas ocasiones.

Al decir esto rompió la jóven en amargo llanto, enjugándose los ojos con la punta del delantal, volviendo desde la espalda á su marido que, desarmado á vista de tal sentimiento, se acercó confuso á su afligida consorte, tratando de ajustar avenencia.

—Vamos, Soledad, dijo balbuceando, esto se acabó por mi parte. Ya no iré á Málaga, ni te volveré á molestar con reconvencción alguna. A la verdad que mi torpeza puede muy bien ser causa de todo, pues si yo consiguiera aprender á danzar, dándome tú algunas lecciones, no habria nada que decir, aunque bailásemos mas que peon con mucha cuerda.

Al oír tan estraña propuesta descubrió su moreno rostro la recién casada, animado por la sorpresa mas natural que puede imaginarse, á que daba singular atractivo una ligera sonrisa émula de algunas lágrimas que colgaban de sus negras pestañas, y fijando la vista en el arrepentido lugareño, le preguntó al mismo tiempo:

—¿Tú aprender á bailar?

—¿Y por qué no?

—Pues vamos á ver como sales del primer ensayo. Pón-te derecho..... no tanto: así está bien. Ahora saca esta pierna adelante; las puntas de los piés vueltas hacia los lados..... mas..... mucho mas; tente firme, hombre, que te vas á caer..... adios, ya caiste.

Así habia sucedido: el novel discípulo midió la tierra con las espaldas, sin desconcertarse por ello, antes bien se levantó ligero diciendo:

—¡Maldito chaparro! he tropezado con él cuando mejor colocado estaba. Pero mira, continuó frotándose las manos de alegría, vámonos hasta el sotillo cercano, donde la tierra está como una alfombra, y nadie vendrá á interrumpir nuestras ocupaciones.

—¡Allí á estas horas! ¡me dará miedo un sitio tan oscuro!

—En yendo en mi compañía á nada tendrás que temer en ninguna parte, contestó el marido, con el acento de dignidad ofendida que hubiera usado un espartano en iguales circunstancias, asiendo con esto á su mujer del brazo y corriendo loco de contento al bosquecillo en cuestión.

Poco hubieran tardado en llegar según el paso que llevaban, á no haber sido atajados en su carrera por una imperiosa voz que les gritó: ¡alto allá! al mismo tiempo que de entre los copudos árboles, salió á cercarlos por todos lados una cuadrilla de hombres vestidos á la morisca, con sendos bigotes y prevenidos de afilados sables y arcabuces; encuentro para quitar el ánimo á gentes de mayor resolución que nuestra descuidada pareja. Quedóse inmóvil en el sitio que les cogió el inesperado encuentro, hasta que uno de los advenedizos preguntó en buen castellano, si bien con marcado acento andalúz:

—¿Está muy distante el pueblo de Veramar?

—Señor, de allí somos nosotros: siguiendo por ese atajo se tuerce luego á la izquierda, y llegando á una cañada se baja hasta encontrar un arroyo.....

—Menos palabras y guía ligero por el camino mas corto, pensando que te va la vida en hacerlo bien.

Acompañó esta orden con un buen golpe de plano sobre las espaldas del asustado campesino, que impulsado por tan enérgica insinuación se vió en breve rato cerca de las tapias del pueblo, seguido en silencio por la tropa invasora.

Una vez allí, se detuvieron para mejor combinar el asalto; repartieron sus fuerzas por todas las entradas y mani-atando fuertemente á los esposos que los habian conduci-

do, cayeron de improviso sobre la descuidada poblacion, que solo espanto y sobresalto opuso á la rapáz codicia de los desaforados corsarios. En pocas horas recogieron el botin que les fué posible: pusieron en recaudo buen número de cautivos, almacenaron copia de mujeres hermosas, abundantes en aquella ribera, y conduciendo la presa á dos ligeros bergantines anclados en un fondeadero inmediato, se hicieron mar adentro á toda vela, llegando á Tánger sin contratiempo de ninguna especie.

II.

Como todas las cosas, tienen los sucesos referidos antecedentes de que proceden, cuya explicacion es necesaria, por mas que las palabras usadas para darla, sean pocas en número: veremos de hacerlo así, una vez que no podemos omitir esta circunstancia sin menoscabo de la exactitud histórica.

Con motivo de holgarse algun tiempo en compañía de cierta familia con quien tenia relaciones amistosas, llegó un marinero de Málaga á Veramar de vuelta de un largo viaje á las escalas de Oriente. El arribo del forastero dió materia en el pueblo á pláticas y comentarios, alabando algunos su buen talle y bizarria contra el parecer de no pocos, que disimulaban su envidiosa malquerencia abultando defectos y escudriñando faltas. ¡Dichoso privilegio de los lugares de corto vecindario, formar cabildos con asuntos de importancia baladi! Pero lo seguro fué que para ser vistas por el huésped, las muchachas aderezaron sus mejores sayas y componian el cabello segun la opinion de cierto listo barbero, práctico en los usos cortesanos, por haber llegado hasta Madrid en ocasion remota, pues á no dudarlo, el mozo era digno de cualquier sacrificio que diera por resultado conquistar su preferencia.

Entre todas consiguió llevar la palma la hija de un hidalgo bien acomodado, destinada por convenio tácito á don Manuel de Ozores, rico mayorazgo de gran influencia en la provincia por su caudal y relaciones. Ya fuese por la novedad ó llevada de coquetismo natural, dió calor la prometida á la pasion del marino, hasta llegar el caso de citarle á deshora de noche, proporcionándole entrada en su mismo aposento, con harta pérdida del propio decoro y riesgo evidente del galan atrevido, que remontaba su pensamiento á beldad tan agena de su pobre condicion. Nadie se admire ni moteje de loco el atrevimiento de la empresa, pues nunca el amor conoció gerarquias, ni retrocedió amilanado por inconvenientes un enamorado á quien se brinda llegar al término de su deseo.

Media noche era por filo una del mes de agosto, cuando los dos amantes se hallaban engolfados en tiernas correspondencias, y vieron con asombro abrirse la puerta y dar paso á don Manuel, acompañado de cuatro robustos gañanes, que, sujetando al marino, le arrastraron á la calle, donde le aplicaron una buena tanda de palos, cual enérgico remedio para curar dolencias amorosas. Quebrantado y corrido por lo afrentoso del suceso, pudo con trabajo llegar hasta la casa que le hospedaba, en la cual sufrió larga temporada de bizmas y encerramiento, antes de recobrar el uso de sus molidos miembros, por mas que de su parte hizo cuanto pudo para conseguirlo en breve plazo. En esta sazón supo que la tornadiza Margarita volvió á sus anteriores compromisos, aviniéndose con su enemigo, avergonzada de haber faltado á tan poderoso señor por sugeto de tan poca valia.

No habia recibido el despreciado amante lecciones de corazon sereno en las galeras del rey de España, para venir á ser torpe menosprecio de un linajudo patan; determinó vengarse y lo consiguió á maravilla.

Cierto domingo aguardaba el pueblo entero la hora de misa mayor, en la que don Manuel, como privilegio de familia, debia ocupar el puesto presidencial en el banco de ayuntamiento por ausencia del alcalde. Erguido ypreciado de si mismo, saludaba con desden á los que al pasar por frente suyo le hacian reverente cumplido, hasta que llegó Margarita, acompañada de su padre, á desarrugar su ceño, pues quiso hacer gala de cortesía yendo sirviéndola hasta dejarla dentro del templo. La dama por su parte, ufana con tanta preferencia, le pagaba en tiernas miradas la solicitud que le debia, y al pisar los primeros escalones volvióse para despedirle recomendándole no se olvidase de aguardarla terminado el Santo Sacrificio. Pero al querer articular las primeras frases la voz faltó en su garganta, el color desapareció de sus mejillas y sus ojos, donde poco antes parecian jugar las gracias y los amores, quedaron fijos de una manera horrible, dilatadas las pupilas y pintada en toda la fisonomía una mortal angustia. Era que por encima del hombro de don Manuel vió alzarse el brazo del marinero armado de un agudo cuchillo, sepultarle en el pecho de su rival y quedar inmóvil con indiferencia culpable al lado de la moribunda victima de su enojo, caída en la tierra encharcada con su sangre, lanzando en ella el último suspiro.

El agresor fué preso sin resistencia ni conato de fuga. Presentado en juicio no pudo ni quiso negar su delito, y el tribunal atendidos los antecedentes del suceso, creyó al delincuente merecedor de alguna misericordia, y le impuso la pena de diez años con retencion, en los presidios de Africa. Esta sentencia sujetaba por lo comun á trabajos forzados durante la vida, pero en crimen de tal gravedad aun se consideró benigno el fallo.

No habia pasado un año cuando corrió la noticia en Málaga que Antonio el marino se habia fugado de la plaza de Ceuta, pasándose al campo del moro. Así era la verdad. Renegando de su fé, haciendo el corso contra sus propios compatriotas, llegó á ganar renombre entre los marroquies, que le confiaron el mando de los dos bergantines con que le hemos visto entrar á saco el pueblo de Veramar. ¿Fué complemento de venganza la causa de esta expedicion? Esto y mucho mas sabremos siguiendo el hilo de este verídico relato.

III.

Hemos dicho que llegaron los piratas á puerto seguro, donde repartieron el fruto de su rapiña con intervencion del bajá, que guardó para el emperador el quinto de la presa, segun previene la ley mahometana. Nada quiso para si el marino renegado, á escepcion de la bella Margarita, alhaja que tomando en cuenta los servicios del aventurero y el generoso desprendimiento que manifestaba, ninguno se atrevió á disputarle.

—El venir á mi poder por medios tan fuera del orden comun, la dijo cuando la trajeron á su presencia, tal vez lo tendrás por una desgracia, mas considera los muchos afanes que tu posesion me cuesta y agradecerás el alto precio que doy á tu inconstante persona. Pájaro de brillantes colores, engañoso caiman de acento lisonjero y afilada garra, yo atajaré tus malas condiciones; has de vivir cerrada

como prenda de gran valor, á voluntad del hombre cuyo abatimiento celebrabas, sin mas delito que amarte y haber nacido sin fortuna.

—¡Ah, necio y poco advertido, origen de nuestra común sventura! exclamó la jóven sin vacilar un punto, ¿no conociste que lanzados vosotros á terminar por la violencia lo que solo debe dejarse á la voluntad y al tiempo, no me quedaba otro recurso que llorar en silencio la cruel imposibilidad en que me hallaba para elegir dueño libremente? ¿Es acaso una débil mujer joya en poder de bandoleros, de quien el mas audaz puede hacer presa sin otro derecho que su mayor atrevimiento? Tú eras fuerte y cediste al rigor de la fatalidad; eras osado y las circunstancias te hicieron permanecer oculto; eras fecundo en ardises y solo pudiste hallar un medio criminal que te sepultó en la ignominia para renacer maldito de Dios y enemigo de tu patria. Y yo que ninguna de estas cualidades tenia ¿hubiera podido contrarestar el destino, ante cuya influencia cayó el robusto, se amilanó el intrépido, y el astuto procedió con torpeza vulgar?

—Mientras yo, consumido por el dolor, devoraba lejos de los hombres mi afrenta, pasabas las horas en tiernos coloquios con el infame causa de mi daño, interrumpió el marino.

—Dices mal, Antonio; callaba y sufría, pues otra cosa hubiera aumentado tu riesgo; pero siempre di culto á tu amor dentro del pecho. Esperaba con invariable constancia una oportunidad feliz para declararme tuya á la faz del universo, conservando guardado el fuego de una pasión vehemente que habia de formar nuestra delicia en tiempo mas ó menos lejano, y cuando te oigo calumniar mis intenciones, lanzándome dicerios no merecidos, siento menos el ultraje, que la sospecha que revelan. ¡Oh, devuélveme tu malogrado cariño, y la reclusion, la esclavitud misma, serán para mí manantial de goces infinitos!

Y al pronunciar Margarita las últimas palabras derramando abundantes lágrimas y arrodillada en la alfombra, abrazaba los pies de Antonio, que dió al traste con su entereza al blando contacto de aquella falsa mujer, por quien todo lo habia sacrificado.

—Esto jamás pude imaginarlo, exclamó levantándose del diván, te creí liviana é ingrata y formé resolución de resistir á tu falsía, pero ver humillada ante mi planta á la que fué único bien de mis sentidos, recordándome los antiguos lazos que nos unen, y permanecer sereno, nunca me será posible.

—Dime que tus sospechas fueron vanas ó el dolor acabará la vida á que tú dabas aliento, continuaba Margarita, asemejando la desesperacion mas profunda.

—Alzate, por compasion, exclamaba Antonio verdaderamente conmovido, solo me acuerdo de nuestra mútua correspondencia de otro tiempo.

Diciendo así consiguió calmar á la jóven, con la que pasó largo rato en acorde plática, hasta que una órden del emperador le obligó á dejarla, ya bien persuadida de haber recobrado el ascendiente sobre aquella naturaleza enérgica ante cualquier enemigo de que no pudiera escuchar palabras halagüeñas salidas de unos purpurinos labios.

IV.

En el palacio imperial se celebraba fiesta aquel dia en obsequio de un respetable varon, descendiente por línea recta del Profeta, que sin embargo de ser extraño en los

dominios marroquíes, adquirió en ellos, á poco de su llegada, reputacion inmensa por sus profundos conocimientos en astronomía, medicina, y habilidad en la interpretacion del Koran, segun la pura doctrina de los mas hábiles comentadores. Hablaba el árabe con esmerada correccion, causando envidia á los expertos amanuenses de la corte los caracteres formados por su pluma cuando tenia gusto en manejarla. Si añadimos á esto la nimia exactitud con que se le veía entregarse á las prácticas religiosas, nada estrañaremos el concepto de hombre inspirado que ganó entre la generalidad, hasta el punto de rayar en veneracion el aprecio en que se le tenia, con detrimento del respeto debido al soberano, afamado tambien entre los suyos como espejo de fervorosos musulmanes. Lejos de mirar con envidia el emperador el poder que se alzaba frente al suyo, colmaba de presentes al afortunado Ali-Bey-el-Abassy, donándole á mas de un magnifico palacio inmediato á su residencia, una deliciosa posesion titulada *Semelalia* y dos mujeres de su propio harem, en agradecimiento de los sabios consejos con que le ayudaba á sobrellevar los cuidados del gobierno, pues en aquel apreciado amigo depositaba gozoso las confianzas íntimas del trono.

Recostados en un mismo sofá recibían amo y privado los cumplimientos de cuanto mas notable encerraba la ciudad, con indiferencia el primero, el segundo con gravedad protectora, cuando Antonio, despues de presentarles sus respetos, esperó á distancia conveniente las órdenes que tuvieran á bien comunicarle.

—He sabido tus notables hechos y deseaba conocerte, le dijo el califa. Eres un excelente vengador del Islam, á quien premiaré segun merece. ¿Te hallas satisfecho de tu cambio de patria y religion?

—Cumpro con mi deber, señor, sirviendo al país que me abriga y alimenta.

—Parece que de tu expedicion última has traído una esclava de rara hermosura, única parte que te has reservado del botín.

—Es de mas donaire que belleza.

—Entonces poseerá excelentes dotes, que añadirán quilates á su mérito.

—Tiene las mismas cualidades de la pantera, oh jefe de los creyentes; al acariciar su linda piel hay que tener cuidado no devore la mano cuyos halagos admite.

—Eres discreto, por vida mia, exclamó riendo el emperador; ese peligro le podrás evitar acortando la cadena con que debes tener sujeta á tu agradable fiera; yo te mandaré cuatro eunucos negros, hábiles en esto de amansar rebeliones mujeriles.

—¿En qué tierra naciste? preguntó á la sazón Ali-Bey, ageno hasta entonces á lo que se trataba.

—Soy español, natural de Málaga, respondió el renegado fijando la vista en el doctor.

—Cuida que tu rey está en paz con el imperio y espones mucho haciendo el corso en sus dominios.

—Le hago por mi cuenta, y conozco la ley que me condena sin remedio si caigo en poder de mis enemigos.

—Son inteligentes y poderosos: cuando necesites un amparo sólido ven á buscarme, y puede que te lo proporcione.

—Os agradezco, señor, la buena voluntad. En ocasion bien apurada para mí, hubo un hombre parecido á vos á quien debí especiales beneficios.

—Ilusion de tu fantasia, jóven, contestó Ali-Bey, algo desconcertado: ¿cuál es tu nombre?

—Reduan.

—Allah vaya contigo, añadió despidiéndole sin esperar la venia del califa.

El renegado se humilló profundamente y se retiró sin volver la espalda.

Tales fueron las muestras de cariño empleadas por Margarita para recobrar el afecto de Antonio, que antes de mucho era la reguladora de sus acciones y deseos, en términos de causar escándalo á los fervientes sectarios del mahometismo, para quienes la libertad que Reduan concedía á su esclava pasaba como desenfrenado libertinaje digno de reprension, cuando no de castigo ejemplar.

Por esta razon además del torcedor de su conciencia, que no le dejaba un punto de sosiego desde que apostando de su fé cambió la purísima ley del Crucificado por la torpe secta musulmana, determinó poner en práctica cuantos medios estuvieran á su alcance para cambiar de situacion, aunque aventurase la vida en ello.

Ya hemos podido conocer su natural ardiente y arrojado: juguete de las pasiones á que no tuvo fuerzas para resistir, se abandonó á una venganza detestable, encontrando en ella la humillacion, el crimen, la vergüenza de sí mismo; frutos que, para suerte suya, produce en las almas de algun valer, pues la satisfaccion estéril de sacrificar á un enemigo, solo es propia de los corazones de baja esfera, entre cuyo número no debemos contar al marino. Así fué que mal avenido en las playas africanas, suspiraba por el momento en que pudiese besar la tierra nativa y morir reconciliado con la religion verdadera. Margarita abundaba en el mismo deseo, tanto mas cuanto su posicion era en alto grado precaria y embarazosa. ¿Cómo pudiera resignarse la airosa jóven andaluza, tan sobrante de vida y rica de imaginacion, á permanecer encerrada sin otra sociedad que la de algunas compañeras salvajes, puestas bajo la custodia de cuatro feroces etíopes, dignos depositarios de sus bastardas confianzas? ¡Oh, no era posible! A la que paseaba los alegres campos de la Bética feliz, asistió á las fiestas de sus alegres pueblos, recibia con el desden de una reina las oportunas lisonjas, de multitud de adoradores, dichas en el idioma mas expresivo, hiperbólico sin hinchazon y abundante cual ninguno de todos los hablados actualmente, el Africa, fecunda en alimañas desconocidas, debia parecer un infierno, y el gutural y estridente lenguaje de sus bárbaros naturales, ladrado de algun monstruo fantástico. Fué menester adoptar cualquier medio, y Antonio tomó el de acogerse bajo el amparo de Ali-Bey: un presentimiento, fundado en cierta semejanza inconcebible, le anunciaba el buen éxito de su pretension.

Determinado á cuanto pudiera sucederle, acudió al palacio del ilustre doctor, al que halló profundamente abstraído en interpretar algunos pasajes de una obra escrita por un célebre santón, sobre los cuales quiso disertar con el reciénvenido para mayor edificacion suya, antes de tratar asunto de ninguna otra clase; mas el marino decidido á jugar la partida de un solo golpe no le dejó cumplir su intento diciéndole en español con ánimo resuelto, si bien en tono comedido:

—Señor don Domingo Badía, le suplico hablemos sin ambages, pues el asunto lo merece: en otro tiempo debí á vd. beneficios de consideracion, si hoy me concede lo que vengo á pedirle deberé á vd. mas que la vida. Quiero abandonar esta tierra maldita y su culto grotesco, recobrando ley y patria verdaderas. Ignoro las intenciones que le hacen sostener en Marruecos un carácter tan ageno de su estado anterior, pero sé muy bien que goza la influen-

cia necesaria con los agentes españoles para alcanzar el don inapreciable que le demando.

—Comprendo tan poco el idioma en que me hablas, respondió Ali-Bey inclinando la cabeza sobre los pergaminos que antes examinaba, que nada he podido entender; espícale en lengua mas inteligible para mí, si quieres no perder el tiempo.

—Señor, prosiguió Antonio, hace muchos años, era yo un pobre muchacho abandonado, que ganaba la vida haciendo recados en el muelle de Málaga; desembarqué vd. á la sazón y compadecido me proporcionó plaza en el navio; conocí á usted desde luego cuando volví á verle junto al emperador, y es en vano que trate de disimular; pero soy un desertor de presidio y esta circunstancia me hace indigno de la confianza de un hombre prudente. Ignora vd. el origen de mi delito, no sabe que fué ocasionado por la necesidad cruel de lavar una afrenta pública acompañada de un ciego arrebató de celos; haré conocer á vd. la verdad de mis palabras con documentos irrefutables, y entonces, señor, espero escuchará mi súplica con mayor agrado. Entretanto rogaré á Dios nos tenga en su santa guarda á pesar del turbante que sofoca nuestra frente.

—Aguarda un momento, jóven, repuso Ali-Bey, esplicándose en correcto castellano; me interesa tu ingenuidad y quiero corresponder de igual manera. Puedo, con efecto, conseguir á poca costa tu rehabilitacion; mas por ahora necesito de hombres fieles y arrojados, como has dado pruebas de ser. Escucha y verás como puedes conseguir no solo perdon sino riquezas y honores en España, auxiliando os planes que medito. Encargado al principio de una mision comercial, llegué á Marruecos bajo nombre y calidad supuestas; como has visto alcancé reputacion inmensa y soy venerado como hijo de Othman-Bey, príncipe Abassida descendiente del Profeta, merced á una genealogia cuyos títulos, sellos y signaturas se hallan confeccionados con habilidad suma. He logrado fanatizar á la mayor parte de la poblacion, en términos que únicamente aguarda mi consentimiento para arrojar del trono al menguado Muley Soliman y declararme soberano. Conseguido esto, cederé la corona al rey de España en la ocasion mas oportuna, logrando así destruir un encarnizado enemigo de los europeos, especialmente si son españoles, y engrandecer nuestra patria en los países llamados por la naturaleza á formar con ella un vasto imperio. Para lanzar mis parcialidades contra el gobierno del califa, espero de un momento á otro la resolucion definitiva del Principe de la Paz don Manuel Godoy, con quien mantengo activa correspondencia; el resultado no puede ser dudoso previstos como están todos los inconvenientes, y cuento contigo para desempeñar un papel importante en el drama que se prepara. ¿Le aceptas ó tiemblas al considerarlo?

—Para entonces reclamo el sitio de mayor peligro, donde puedan justificar mis hechos que si fui temerario para el mal, tambien lo fui para recobrar la honra perdida.

—La encontrarás en el camino de la gloria que yo abriré ante tus ojos; demos aquí punto á nuestra conversacion, que ya por lo larga será motivo de habillitas para esos miserables esclavos. ¡Ya se vé, un descendiente de Abbas el Grande debe ser muy avaro de palabras! Hasta que recibas orden mia no volveremos á vernos. Disímulo y calma; nada de aire de conspirador, y así... alguna vez... cuando no tengas otra cosa en que ocuparte, piensa que si llegase á traslucirse la frase mas pequeña de las que acabamos de hablar, bastaria una señal mia para que fueses hecho pedazos.